

NOEL DIAZ

CATOLICOS *De* ENCUENTRO



EDICION
REVISADA Y AMPLIADA

NOEL DIAZ

CATOLICOS *De* ENCUENTRO



EDICION
REVISADA Y AMPLIADA

Católicos De Encuentro

NOEL DIAZ

APOSTOLADO EL SEMBRADOR

WWW.ELSEMBRADOR.ORG

Derechos © 2009 por Noel Díaz

Publicado por Apostolado El Sembrador

Smashwords Edition

20720 Marilla St. Chatsworth, CA 91311-USA

www.elsembrador.org

Todos los derechos son reservados.

Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente sin permiso escrito del autor.

Dedicatoria

Con gran satisfacción deseo dedicar este libro manual a mi familia por el apoyo recibido durante todos estos años de servicio a Dios. Dedico estos escritos especialmente a mi esposa Sara, por estar conmigo y por darme su amor, a mis hijos Noel Jr., Javan y Kyrene, sin dejar de agradecerle a la mujer que me dio la vida, mi madre, María de Jesús.

También deseo dedicar este trabajo a su Eminencia Dennis O'Neil, Obispo Auxiliar de la Diócesis de San Bernardino, California, quien descansa en paz y a quien espero encontrar en la patria celestial para agradecerle porque fue un gran instrumento en mi vida. Él fue mi pastor, mi director espiritual, mi padre y un amigo que siempre creyó en mí. Hoy también unido a él se encuentra mi amigo del alma y de mis batallas, Raúl Sayes, quien vivió sus últimos años dándose a la obra y dándose a los demás. En su memoria también dedico este trabajo, que dicho de paso, antes de partir de este mundo, él animó a sus compañeros de trabajo a seguir los pasos de este libro.

Índice

Presentación Del Autor

Marco Doctrinal

¡Todo Comienza Con Un Encuentro; Un Encuentro Con Jesús Vivo!

Pasos En El Camino De Encuentro

Oración De Entrega Y Encuentro

Las Cinco Normas De La Vida:

Introducción

Primera Norma

Segunda Norma

Tercera Norma

Cuarta Norma

Quinta Norma

Requerimientos De Un Católico De Encuentro

Tengo Un Sueño

Resumen Y Comentario

Recomendaciones Para Los C.D.E.

Referencias

Agradecimiento

Con gran alegría y satisfacción reconozco y agradezco a mis compañeros y colaboradores en la misión de la Nueva Evangelización. Agradezco a cada una de las personas que a través de los años me han apoyado de una forma u otra y que han sido de gran bendición en mí caminar con el Señor: a todos los coordinadores y miembros de El Sembrador, a los obispos que han apoyado todo este tiempo el Apostolado y a todos mis amigos sacerdotes.

PRESENTACIÓN DEL AUTOR

**Por el Obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Puebla, Mons. Eugenio Lira
Rugarcia**

Mons. Eugenio Lira Rugarcia es profesor y director espiritual en el Pontificio Seminario Mayor Palafoxiano, Director General de la Comisión Diocesana de Comunicación Social, Director General del Centro Internacional de Difusión de la Divina Misericordia, Vicario de la Parroquia “Nuestra Señora de la Esperanza”, y catedrático en la Escuela de Derecho de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla.

El autor de esta obra, Noel Díaz, es laico, casado, padre de tres hijos, y un preminente empresario, que sintiendo el llamado de Dios a proclamar su Palabra, fundó hace varios años la Asociación de Fieles “El Sembrador” que, en una auténtica eclesiología de comunión, ofrece charlas y encuentros, personales y multitudinarios, para ayudar a los hombres y mujeres de hoy a experimentar un Encuentro con Jesucristo vivo.

Además, consciente de que los Medios de Comunicación son dones de Dios, con el apoyo del entonces Párroco P. Jarlath Cunnane, la aprobación del Cardenal Rogelio Mahony, y la bendición del Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, ha “remado mar adentro”, decidido a proclamar la Buena Nueva a través del canal de Televisión y la estación de Radio “El Sembrador Nueva Evangelización”, (ESNE).

La rica experiencia que ha ido acumulando a través de estos años de apostolado, le ha permitido conocer y comprender algo acerca del diferente ritmo de andadura de muchos cristianos. Por eso, ahora nos ofrece este sencillo libro, con el deseo de ayudar a quienes habiéndose encontrado con Jesús, desean permanecer en su amor (Cfr. Jn 15, 9).

Es verdad que hay muchos libros de espiritualidad, unos muy antiguos y otros bastante recientes. La mayoría de ellos son muy valiosos. Sin embargo, uno más, como el presente, no está de sobra. Lo sólido de sus principios, la sencillez y la claridad de su exposición ayudarán a muchos, estoy seguro.

Que el Padre, rico en Misericordia, nos conceda, por su Espíritu, encontrarnos con Jesús, en su Iglesia, tomados de la mano de María. Y que ese encuentro nos haga solidarios con todos, especialmente con los más pobres, para juntos, construir en este mundo, “el jardín de Dios”, como ha dicho el Papa Benedicto XVI, y alcanzar el encuentro definitivo con Dios en el Cielo.

MARCO DOCTRINAL

El Siervo de Dios Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica *Ecclesia in América*, invita a todos los bautizados, en cualquier momento de su vida y de su actividad, a tener un encuentro personal con Jesucristo vivo y resucitado, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad.

Consciente de que esto es posible, me permito poner en sus manos, querido lector, este sencillo trabajo como una ayuda práctica, para desarrollar y profundizar, tanto en la vida personal como comunitaria, la centralidad de la persona de Jesucristo resucitado, presente en la vida de la Iglesia, que invita a la conversión, a la comunión y a la solidaridad.

El punto de partida de este proyecto de vida espiritual es ciertamente el encuentro con el Señor (1), que manifiesta el plan del Padre, de revelar a la persona humana el modo de llegar a la plenitud de su propia vocación (2).

Católicos De Encuentro

¡Todo Comienza Con Un Encuentro, Un Encuentro Con Jesús Vivo!

INTRODUCCIÓN

Hablar de un encuentro con ¡Jesús vivo!, es hablar de la vida misma, de la vida abundante, de la vida eterna.

“Todo tiene su momento y cada cosa su tiempo bajo el cielo...” afirma con certeza el sabio rey Salomón (Eclesiastés 3, 1). Y en todo tiempo, Dios, en quien vivimos, nos movemos y somos, está cerca de nosotros.

El inicio mismo de nuestra vida es de orden divino, pues es Dios quien desde el principio, infundió en el ser humano el aliento de vida (Cfr. Génesis 2, 7), creándole a su imagen y semejanza, dotando de tal manera al hombre y a la mujer, que pudieran comunicar el don de la vida.

Fue Él quien envió a su Hijo para que, por medio del Bautismo, nos comunicara su Espíritu, y así tuviéramos el primer encuentro sacramental con Dios, quien nos limpia del pecado original y nos concede su gracia, haciéndonos, desde entonces familia suya.

La mayoría de los católicos recibimos el Bautismo por la fe de nuestros padres, cuando éramos niños; por consiguiente, no recordamos esta experiencia.

Sin embargo, debemos tener presente que ese sacramento tiene eficacia, realizando lo que significa: nuestro primer encuentro salvífico con Dios.

Después de esa primera experiencia de encuentro divino, fuimos creciendo. Entonces, quizá en diferentes etapas de la vida, hemos recibido los demás sacramentos: Eucaristía, confirmación, reconciliación, matrimonio, etc., con más conciencia, tras una preparación catequética, que nos permitió comprender mejor las verdades que los cristianos creemos, celebramos, vivimos y oramos.

Sin embargo, aunque ésta formación es de un valor incalculable para nuestra vida, en la mayoría de los casos no la apreciamos, tal vez porque no fuimos motivados adecuadamente, o porque éramos demasiado jóvenes. Nuestros padres nos llevaron a la parroquia para que el sacerdote nos administrara los sacramentos, movidos por el amor y el deseo de que desde temprana edad tuviésemos la protección y la bendición que resultan de la comunión con Dios.

Y eso ha sido bueno y necesario para el comienzo de nuestra vida humana y espiritual. Pero llega un momento en el que cada católico debe experimentar un Encuentro personal y voluntario, que le permita reconocer a Dios como lo más importante en su vida.

Este Encuentro es parecido a lo que sucede en el sacramento del matrimonio, cuando con plena conciencia, facultad y voluntad, sin que nada ni nadie les obligue, los contrayentes se aceptan, decidiendo, con la gracia de Dios, ser uno para toda la vida.

Pero antes de llegar al altar, han sucedido muchas cosas: primero se conocieron; se enamoraron; se hicieron novios para conocerse más; y finalmente decidieron unirse en matrimonio.

Y en todo este proceso, lo fundamental ha sido y es el Amor, que les ha llevado a experimentar y a elegir un Encuentro Personal, que queda sellado, para toda la vida, por el sacramento del Matrimonio.

De igual manera, cada persona que decide conocer a Dios, debe buscarlo abiertamente y con sinceridad para “enamorarse” de Él, hasta entregarse cada vez más a conocerlo mejor, descubriendo al Amor de su vida; al único Amor perfecto: Jesucristo. Entonces, deberá tomar la gran decisión: vivir un Encuentro y aceptar a Jesús como su Dios y Señor, para toda la vida.

Así, después de entregarse al Señor sin reservas, la persona comenzará a experimentar en su vida el milagro de la conversión, no como fruto de un sentimiento, sino de una decisión. Este fue el proceso que siguieron los apóstoles, a quienes Jesús invitó a dejarse encontrar por Él.

El que encuentra a Jesús no puede permanecer igual. Por eso San Pablo, en Colosenses 3, 9-10, nos habla “del hombre viejo y del hombre nuevo”; el hombre viejo es el que permanece en la cárcel del pecado; el hombre nuevo es aquel que ha tenido un encuentro personal con Jesucristo, que le ha liberado y le ha ayudado a adoptar un nuevo estilo de vida; de vida plena y eterna.

Jesús, conversando con Nicodemo (San Juan 3, 3) dijo: “Es necesario nacer de nuevo”, manifestando así la importancia de nacer a la vida de Jesús; de experimentar un encuentro con Él.

Algunas veces me he preguntado: ¿Cuál habrá sido la respuesta de aquellos que tuvieron su encuentro personal con Jesús, al ser interrogados acerca de esa experiencia? Entonces, imagino que el apóstol Pedro habría respondido algo más o menos así: Una noche de pesca nos fue tan mal, que no pescamos nada por más que luchamos. Yo estaba muy preocupado porque nuestra seguridad económica dependía de una buena pesca. Ya por la mañana nos dispusimos a sacar las redes del agua.

Estábamos agotados, tristes y con cierta desesperanza, cuando vimos llegar a un hombre llamado Jesús, al que mucha gente seguía. Él comenzó a hablarle a la multitud, y después de un tiempo me pidió llevarlo mar adentro para que desde allí hablara mejor a la muchedumbre.

Yo accedí. Ese día, por vez primera en mi vida, escuché palabras que eran como fuego, que comenzaron a encender mi corazón. Una vez que terminó de hablar, se dirigió a nosotros, diciendo: “Vuelvan a tirar las redes al mar en la parte más profunda”; y aunque yo pensé que no lograríamos nada, movido por no sé qué, hicimos lo que nos indicó.

Entonces me quedé atónito: el intento de ahora se convirtió en una gran pesca. Yo no podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Ahí me di cuenta que no estábamos solamente ante un hombre, sino frente al Mesías, el Hijo de Dios hecho Hombre.

Al mirarlo, pude comprender mi realidad: era yo un pecador. Y en ese mismo momento, sin poder contenerme más, me puse de rodillas delante de Jesús y le dije: “¡Apártate de mi Señor porque soy un pecador!” Y es que de verdad yo me sentí un vil pecador, que no merecía estar cerca de Él.

Su respuesta fue inmediata: “No tengas miedo; desde hoy yo te haré pescador de hombres” (San Lucas 5, 10 (b)). En ese preciso instante sentí cómo perdonó mis pecados y me transformo en un nuevo hombre. Y fue ahí cuando tome la firme decisión de seguirlo, dejando mi barca, las redes y mi trabajo; todo lo que me daba seguridad y alegría en la vida.

Ahora ya nada era más importante que seguirle. Así fue mi Encuentro Personal con el divino Salvador, a orillas del mar de Galilea. Y desde ese día, mi vida nunca fue la misma (Cfr. Lc 5, 1-11).

Si bien la descripción anterior es en parte una suposición, creo que nos ayuda a comprender la experiencia de aquellos que, a lo largo de la historia, han vivido un encuentro personal con Jesús.

San Pablo podría hablarnos en detalle de cómo fue ese encuentro en camino a Damasco (Cfr. Hechos 9, 3 ss.); lo mismo que Zaqueo, aquel cobrador de impuestos a quien Jesús pidió bajar del árbol para cenar con él (Cfr. San Lucas 19, 2 ss). También la mujer samaritana tendría mucho que platicarnos acerca de su encuentro con el Hijo de Dios en el pozo de Jacob (Cfr. San Juan 4, 1 ss).

El apóstol San Juan nos dice en una de sus cartas: “Porque lo hemos visto y lo hemos tocado con nuestras propias manos”, (1 Juan 1, 1 (b)), confirmándonos la calidad de la experiencia impresionante que produce un Encuentro con Jesús vivo y resucitado, quien nos transforma y fortalece para hacernos testigos suyos, con nuestra manera de pensar, de hablar, de actuar y de vivir.

Por eso es de importancia vital que los católicos valoremos y escuchemos la exhortación del Siervo de Dios Juan Pablo II en el documento La Iglesia en América, quien nos pide darnos la oportunidad de un “Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América” (3).

Personalmente considero que sin este encuentro con el Señor, es muy difícil poder conocer, entender y valorar todo el amor que Él ha prodigado a su Iglesia, es decir, a nosotros.

Seguramente, la mayoría recordamos la fecha de nuestro nacimiento, los aniversarios y las fechas importantes en nuestra vida.

Probablemente conservemos fotos y videos de aquellos momentos especiales, como deseando atrapar el tiempo. Quien ha vivido un Encuentro con Jesús debería conservar y recordar, hasta el mínimo detalle, el día, el mes, el año, el lugar, y todo lo que se relaciona con la máxima experiencia.

Es posible que usted se pregunte si Noel Díaz se acuerda de la fecha de su Encuentro con Jesús. La respuesta es sí. ¿Cómo podría olvidar el acontecimiento más grande de mi vida? Fue el Sábado, 31 de Marzo de 1984, a las 7:30 de la noche, durante una Misa en la Parroquia de Santo Tomás Apóstol, en Los Ángeles, California. Desde entonces, mi vida no ha sido la misma.

El sacerdote francés Charles de Foucauld dijo: “Cuando yo descubrí que había un Dios, entendí que no haría otra cosa ya; más que vivir para Él”. El fundamento principal de este libro es promover el Encuentro con Jesús vivo, el cual produce efectos de una vida abundante y cambios positivos en la vida de quien se deja encontrar por Él.

PASOS EN EL CAMINO DE ENCUENTRO

Si por alguna razón usted considera y reconoce que todavía no ha tenido un encuentro personal con Jesús, pero desea tenerlo, le daré algunas sugerencias de cómo hacerlo.

En primer lugar, debe saber que desde el momento en que una persona desea conocer a Dios, ya está actuando en ella el regalo de la fe que hemos recibido del Espíritu Santo.

Una vez que se llega a reconocer a Dios y su presencia, es necesario hacer un examen de conciencia y analizar cómo está nuestra vida delante de Él.

Después hay que pedirle al Señor, con humildad, su ayuda para ser capaces de sentir, reconocer y apreciar el amor infinito e incondicional que nos ha mostrado a través de su Hijo Jesucristo, y aceptarlo como el único Salvador y Señor.

Entonces podremos descubrir nuestra “enfermedad espiritual”, es decir, nuestros pecados, y la necesidad de arrepentirnos, para recibir la salud de la misericordia divina, que nos es otorgada por medio de Jesucristo, quien por su sacrificio nos redimió y compró a precio de sangre.

Así estaremos sanos para reconocer su señorío, y comenzar a vivir de acuerdo a sus enseñanzas, hasta llegar un día a su presencia y recibir la vida eterna. Así seremos Católicos por convicción. Esto se puede realizar tomando una decisión. Esta decisión se puede acompañar con una oración de entrega. A continuación le presento una forma de cómo usted puede hacerlo. En sí, la oración no se debe tomar como si fuera la única forma de hacer una entrega de su vida al Señor. Creo que Dios está más interesado en la sinceridad y apertura de su corazón, y si esta decisión la acompaña con esta sencilla oración, este acto solo confirmara su decisión.

Esta oración se puede leer o memorizar para repetirla las veces que sea necesario. Si es posible recomiendo hacerlo frente al Santísimo Sacramento, teniendo como testigo de su entrega a un sacerdote u otro miembro de la Iglesia que él o ella ya hayan experimentado su encuentro con Jesús vivo.

ORACIÓN DE ENTREGA Y ENCUENTRO

Padre celestial, estoy ante Tu presencia, reconociendo mi gran necesidad de Tí. Soy pecador, por eso te ruego que tengas misericordia de mí. Suplico Tu perdón. En este momento, Señor Jesús, te entrego mi vida y la llave de mi corazón. Desde este instante me declaro discípulo tuyo y pongo toda mi confianza en Tí y en Tus promesas. Lléname del poder del Espíritu Santo, y hazme digno hijo de María, en plena comunión con Tu Iglesia. Gracias Padre por el amor que nos has dado a través de Tu hijo Jesucristo, quien ha derramado su sangre para el perdón de nuestros pecados, y para hacer nuestra vida plena y eterna. Amén.

Nota: Además, el Católico de Encuentro, antes de hacer esta oración, debe acudir al sacramento de la reconciliación. Con ello confirmará su arrepentimiento, recibirá el perdón de Dios, y su entrega a Jesús será verdadera y fructuosa.

Las Cinco Normas De Vida

INTRODUCCIÓN

A lo largo de estos años de camino con Jesús, en el Apostolado de “El Sembrador”, he visto a muchos hombres y mujeres confesar alegremente sus experiencias de Dios, en retiros, encuentros, reuniones de oración, etc., etc. Sin embargo, después de un tiempo esas mismas personas vuelven a la vida de antes, como si nada hubiera pasado. Esta situación en particular es la que ha movido mi corazón para escribir este libro.

Creo que la causa de que una persona no logre mantenerse fiel al Señor, puede deberse a dos razones:

La primera: que quizá nunca se realizó un verdadero encuentro con Jesús.

La segunda: porque si bien tuvo un encuentro, no supo buscar el alimento necesario para perseverar, dejando que el demonio arrebatara la semilla otorgada por el buen Dios.

Una vez que Cristo instituyó su Iglesia, los primeros creyentes adoptaron un “estilo de vida” que les permitió ver un florecimiento de su vida espiritual, tanto a nivel personal, como comunitario (Cfr. Hechos 2, 43 ss).

Este “estilo de vida” puede resumirse en cinco normas, que a continuación voy a presentar. No son un invento mío, ni tampoco algo nuevo. Son “guías” que han sostenido a los miembros de la gran Familia de Dios, la Iglesia, por más de dos mil años.

Adoptar este estilo de vida espiritual es una opción personal, que requiere un corazón dispuesto a comprometerse con el Señor, y ser disciplinado para cumplir con estas sencillas pero efectivas normas.

Estoy seguro que quien se lo proponga, sea adulto, joven, anciano, soltero, casado o consagrado, será capaz de llevarlo a cabo. Los resultados no se dejarán esperar, y en poco tiempo experimentará las ricas bendiciones de nuestro Padre Celestial, por los méritos de su Hijo Jesucristo.

Desde ahora ruego a la Santísima Virgen María, Madre nuestra y Madre de la Iglesia, que interceda por nosotros, para que Dios nos de la fuerza para cumplir estas normas de vida, que tienen como objetivo mantenernos unidos a su Hijo, como Ella permaneció fiel en todo momento, hasta el final de su estancia

terrenal. ¡Tú, la llena de gracia! Ruega por nosotros, amén.

Si usted ya ha tomado la decisión de aceptar esta propuesta de amor, entonces permítame llamarle, de aquí en adelante: “Católico De Encuentro”.

A continuación, reflexionaremos en la base bíblica y doctrinal de cada una de las cinco normas de vida. Luego, expondremos algunas sugerencias en la forma de aplicar y practicar cada una de ellas, para imprimir un estilo de vida cristiana que nos ayude a caminar fielmente, con entusiasmo y motivación, en el amor a Jesucristo.

PRIMERA NORMA

La Palabra De Dios La Escritura y la Eucaristía, como lugares de encuentro con Jesucristo, están sugeridas en el relato de la aparición del Resucitado a los dos discípulos de Emaús (Cfr. Lucas 24, 32).

Cristo es la palabra única de la Sagrada Escritura. “Toda la Escritura divina es un libro y este libro es Cristo, porque toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda la Escritura divina se cumple en Cristo” (4). Por eso San Jerónimo afirma: “desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo”. De ahí que el magisterio de la Iglesia nos recomiende la lectura asidua de la Palabra de Dios (5).

Es precisamente está, una de las razones por la que en la primera parte de la celebración eucarística, denominada Liturgia de la Palabra, la Sagrada Escritura siempre está presente en la vida de la Iglesia como fundamento sólido de la fe que profesamos.

Como católicos necesitamos ser asiduos a la lectura de las Sagradas Escrituras. Cuando Jesús fue tentado por Satanás en el desierto, en este acontecimiento encontramos una gran enseñanza sobre la importancia de conocer la Palabra de Dios. Este es el relato de lo que sucedió mientras Jesús se preparaba para el inicio de su vida pública. “Y acercándose el Tentador, le dijo: ‘Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes’. Mas Él respondió: Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”, (San Mateo 4, 3-4). Aquí vemos claramente que Jesús le responde al tentador con la palabra de Dios, esta respuesta se encuentra en el libro del Deuteronomio 8, 3 del Antiguo Testamento. En este pasaje podemos darnos cuenta de que Satanás no sólo le puso una tentación sino tres y en cada una Jesús responde con lo que estaba escrito en la Sagrada Escritura, la cual llevaba grabada en su corazón.

Cuando nosotros leemos las Sagradas Escrituras debemos reflexionar, buscar y entender su mensaje a la luz del magisterio de la Iglesia. Otra cosa que debemos hacer es memorizar. Si usted memoriza ciertos pasajes, a Satanás le será muy difícil tentarlo y hacerlo caer. A veces sentimos una gran necesidad de escuchar la voz de Dios, ya sea porque necesitamos su dirección en algo, o porque estamos tristes, desilusionados o a punto de caer en pecado. En estos momentos es muy importante traer a nuestra memoria la Palabra de Dios o acudir a ella a través de la lectura; y es de esta forma que Dios nos habla hoy. Por ejemplo, si se siente triste, lea San Juan 14. En momentos de peligro el Salmo 91. Si se siente traicionado (a), lea el Salmo 27. Si su fe es débil, lea la Carta a los Hebreos 11. Se siente solo o tiene temor lea el Salmo 23. Si va a Salir de viaje puede leer el Salmo 121. Si requiere ánimo y coraje para emprender una tarea o misión, lea Josué 1. Si siente que no puede pasar una prueba, lea la Primera Carta a los Corintios 10, 13. Si está preocupado lea San Mateo 8, 19-34. Si está buscando paz lea San Mateo 11, 25-30. El secreto de San Pablo para la felicidad lo encuentra en Colosenses 3, 12-17. Si quiere saber lo qué es el amor lea la Primera Carta de San Juan 4, 8 ss y la Primera Carta a los Corintios 13. Estos son sólo algunos de los tantos pasajes que encontramos en las Sagradas Escrituras donde a través de ellas Dios nuestro Señor nos habla.

Es importante saber que entender las Escrituras no es sólo para los más sabios; sino que todos podemos entender su mensaje, siempre teniendo en cuenta la instrucción de nuestra madre la Iglesia, que a lo largo de miles de años, se nos presenta como la fuente de agua viva. San Jerónimo dijo: “Las Escrituras son lo bastante sencillas para que un niño pueda venir a beber en ellas sin temor a ahogarse y bastante profundas para que los teólogos puedan nadar en ellas sin tocar el fondo”, así que debemos estar siempre preparados. Yo estoy convencido que el católico instruido, asiduo a la lectura y que memoriza lo más que puede de las Escrituras, es un creyente a quien Satanás no vence fácilmente. El salmista lo dijo así: “Dentro del corazón he guardado tu palabra, para no pecar contra ti”, (Salmo 119, 11), y el Salmo 119, 105 dice: “Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero”.

Debo decir que mi experiencia personal de querer conocer a Dios empezó, con la lectura de la Santa Biblia. Aunque al principio lo hice sólo con la intención de querer saber cómo defender mi fe católica, después me encontré con el hecho de que Dios nos amó y ama tanto que su deseo es que todos lleguemos al conocimiento de su amor por medio de su Hijo Jesucristo. Esta experiencia marcó el inicio de mi camino de conversión, puedo decir con toda certeza que su Palabra escrita en las Sagradas Escrituras fue lo que tocó mi corazón y me despertó de un letargo. Jesús dijo: “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”, (San Juan 8, 31-32). Una de las cosas importantes que debemos reconocer de nuestros hermanos cristianos no católicos, es que a ellos se les induce a escudriñar la Biblia, en su mayoría. Es cierto que no estamos de acuerdo con su doctrina, pero sí es importante resaltar su deseo de conocimiento por la palabra de Dios.

Es necesario que todo Católico de Encuentro aprenda a escuchar la voz del Señor; y la mejor forma de hacerlo es a través de la lectura ordenada y meditada de la Biblia.

Hay que conocer y vivir la Sagrada Escritura, y anunciarla para salvación de

todo ser humano; misión de todo cristiano que vive y experimenta un encuentro personal con Cristo.

PRIMERA NORMA Y SU REQUERIMIENTO

La manera de permanecer en el amor de Jesús es escucharlo. Por eso, le sugiero que diariamente, al menos durante 15 minutos, de lunes a viernes, lea usted las Escrituras y medite en ellas, implorando previamente al Espíritu Santo para que le ilumine, guíe y dirija.

Escoja el horario que le sea más adecuado, tomando en cuenta que siempre le ayudará elegir un lugar que le permita concentrarse, sin distracciones ni interrupciones.

Es muy probable que para cumplir con esta norma tenga usted que hacer algunos cambios en su horario personal. A lo mejor deberá levantarse un poco más temprano, para hacer su lectura antes de salir de casa.

En caso de que hasta ahora, usted no haya tenido la oportunidad de leer la santa Biblia, le recomiendo que pida orientación al sacerdote de su parroquia, y que empiece por leer el Nuevo Testamento.

También le sugiero como una opción adicional, hacer una lectura de algún libro espiritual, como por ejemplo la vida de algún santo. Esto le ayudará a sacar mayor provecho de su lectura y meditación de la Palabra de Dios.

SEGUNDA NORMA

Vida Sacramental

Es mediante los sacramentos de la iniciación cristiana, bautismo, confirmación, y Eucaristía que se fundamenta y desarrolla la vida de relación con el Señor.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que los fieles, renacidos en el bautismo, se fortalecen por la confirmación y son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna.

El énfasis de la vida sacramental debe ser la Eucaristía. Recordemos que el Sacramento Eucarístico es el centro de comunión con Dios y con los hermanos.

En el “Discurso Eucarístico” (Cfr. Jn 6), Nuestro Señor Jesucristo nos introduce en el misterio del verdadero “pan bajado del cielo”, “que ha venido para dar vida” y “vida en abundancia”. Aunque es un misterio insondable, la Eucaristía es la presencia viva y real de Jesús, quien se hace alimento para nosotros.

San Pablo, reflexionando con fe en este Misterio, escribió a los Corintios, que la Eucaristía, “nos hace uno con Jesús en su Cuerpo y en su Sangre”, (1 Corintios 10, 15-17). San Pablo no estuvo presente el día que Jesús instituyó el Sacramento Eucarístico. Entonces ¿de dónde viene su comprensión?

1. Porque creyó en la tradición de la Iglesia (1 Corintios 11, 23-25).

2. Participó en la celebración eucarística de una manera plena, activa, libre y conciente

(C. V. Sacrosantum Concilium, N. 48).

3. Experimentó el poder de la misión de la Iglesia: “Cada vez que comemos de este Pan y bebemos de esta copa proclamamos tu muerte Señor, hasta que

vuelvas”, (1 Corintios 11, 26).

San Pablo, que tuvo un encuentro personal con Jesús en el camino a Damasco, supo descubrir la riqueza de la tradición apostólica, y permaneció fiel a la Iglesia fundada por Jesucristo en Pedro.

Si reflexionamos por un momento sobre la relación entre Jesús y el alimento, encontramos muchos signos que nos hablan de lo que se nos revela en la Última Cena; que es el culmen de los signos, indicándonos así que Jesús es el verdadero pan bajado del cielo. Algunos ejemplos de la relación de Jesús y el alimento son los siguientes: Jesús (en hebreo Beit Lehem), significa: la casa del (o de) pan. El lugar donde se da posada a José y María es un pesebre, en donde nace el Salvador, y un pesebre es el lugar donde se encuentra el alimento para los animales del establo. A Jesús, sus seguidores lo llamaban “Señor”, en San Juan 13, 13. El nos indica “Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor; y decís bien, porque lo soy”. La palabra “Señor” significa: amo, suplidor de las cosas del hogar y proveedor del alimento. Jesús también enseñó a sus discípulos a orar; es la oración que llamamos Padre Nuestro en la cual encontramos las palabras: “Danos el pan de cada día”.

Los cuatro evangelios relatan la multiplicación de los panes, donde Jesús da de comer a más de 5000 mil hombres, sin contar las mujeres y niños. Jesús manifestó quien era El en una forma más íntima a Zaqueo, Jesús tiene la iniciativa de quedarse en casa de Zaqueo, es de suponer que compartieron los alimentos, ahí Jesús le ofrece la salvación a Zaqueo, y su vida queda transformada desde esa cena (Cfr. San Lucas 19, 1-10). Los discípulos de Emaús estaban tristes y habían perdido la esperanza porque Jesús había sido crucificado. Mientras ellos caminaban hacia Emaús, Jesús se les acercó comenzó a hablar con ellos, pero ellos no se dieron cuenta que era Él quien iba con ellos hablando; hasta que se detuvieron para comer, y ahí en ese momento íntimo, al partir el pan se les abrieron los ojos del entendimiento y pudieron conocer a Jesús. Hoy por hoy, el momento más sublime que yo en lo personal experimento en mi relación con Jesús, es cuando como su Cuerpo. ¡Qué grandioso es ese momento para mí!

Se abren los ojos del alma.

Vemos pues la importancia y la relación que Jesús tiene con el alimento. Sé que este tema es demasiado amplio y profundo a la vez, que lo breve de este compartimiento es solo una pincelada de la riqueza que contiene el sacramento de la Eucaristía.

Se ha dicho que el remedio de Dios es Jesucristo. Estoy completamente convencido que una de las mayores razones por las cuales nuestra Iglesia se ha mantenido firme a través de los siglos, es por el sacramento de la Eucaristía, lo vemos desde los primeros creyentes.

En un momento de mi vida cuestioné si la Iglesia Católica era la verdadera o no. La razón por la que comencé a cuestionar, fue porque sentía una gran necesidad de Dios, mas por otro lado observaba que los católicos que yo conocía no reflejaban en ellos ese amor hacia Dios, había una gran conformidad y frialdad en las cosas espirituales. Sin embargo, conocía a unos amigos que habían dejado la Iglesia Católica, para formar parte de una Iglesia Cristiana, y estos amigos no solo habían dejado la Iglesia, también dejaron los malos hábitos. Era claro que habían descubierto algo grandioso; ahora hablaban de Dios, de la Biblia y de su experiencia con Dios. Estas cosas despertaron más dudas en mí. Nunca acepté, ni quise asistir a sus cultos o servicios, aunque muy dentro de mi corazón si tenía curiosidad. Sin embargo, esto marcó en mi corazón el deseo de tomar la decisión de conocer primordialmente la doctrina católica, y, saber la razón porque yo era católico y porque se decía que esta era la Iglesia verdadera, la que Jesucristo había fundado. Hoy doy gracias infinitas a Dios por haberme ayudado a tomar esa decisión ya que uno de los descubrimientos mas grandes fue saber que Cristo se había quedado con nosotros en las especies del vino y el pan. Ahí Jesús se encuentra vivo en Cuerpo, Alma y Divinidad. Eso no lo iba a encontrar en las iglesias a las que me invitaban. Nosotros creemos que Jesucristo está ahí, en ese pedacito de pan, que es la hostia. Hay algunas iglesias cristianas, no católicas, que realizan este acto, ellos la llaman la cena del Señor. Pero hay una gran diferencia entre ellos y nosotros, ellos creen que el vino y el pan representan tan

solo un simbolismo. Nosotros los católicos, no creemos que es un simbolismo; sino que es realmente su propio Cuerpo. Este es el misterio que profesamos y lo digo con profundo respeto de mis hermanos no católicos, ya que son muchos los que he conocido y respeto.

Yo no puedo olvidar que mi primer recuerdo de niño en relación con Dios fue cuando hice mi primera comunión a la edad de 7 años. Considero apropiado compartir esta experiencia con usted.

Mi madre vendía flores fuera de la Catedral de Nuestra Señora de Guadalupe para nuestro sustento en el centro de la Ciudad de Tijuana, Baja California. Mi madre me inscribió en las clases para recibir la primera comunión. Marta era el nombre de la joven que nos impartía las clases y ella había dicho que ya estaba pronta para entrar en un convento. Recuerdo que cada día que había clase era una emoción, una alegría el poder asistir a la clase. Después de unas semanas termine la etapa de preparación, y ese último día al salir de la clase la joven Marta me llevo a fuera de la Iglesia, donde mi madre se encontraba vendiendo flores.

Marta se dirigió a mi mamá y le dijo: “La felicito, su hijo fue uno de los más interesados, aprendió muy rápido y está listo para hacer su primera comunión el 10 de Mayo”.

Mi madre hizo un breve silencio y respondió: ”Lo siento mucho pero mi hijo no podrá hacer su primera comunión porque no tengo dinero para comprarle la ropa que necesita”, Marta dijo: ”Como lo siento, él era uno de los más interesados”.

La verdad es que no recuerdo con exactitud todos los detalles, mas lo que hay muy claro en mi memoria es que yo no acepté en mi corazón el hecho de estar privado de recibir el Cuerpo de Cristo por no tener para comprar un pantalón y

una camisa.

Al llegar a casa busqué un cajón para dar lustre a los zapatos. En Tijuana le decimos” un cajón de bolear”. Empecé recorriendo las calles del centro de la ciudad buscando ganarme unos centavos dando lustre a zapatos sucios, ya que yo me resistía rotundamente a dejarme vencer por no tener esa ropa para hacer mi primera comunión. No recuerdo cuántos días faltaban para el 10 de mayo, lo que si recuerdo es que desde ese momento yo sentía una gran atracción hacia lo espiritual, lo divino, a pesar de mis escasos 7 años de edad. Ahora yo mismo me pregunto qué era lo que pasaba por mi mente, ya que a esa edad es muy difícil entender lo grandioso de lo que iba a recibir.

Cuando ya había juntado unos centavos llegué a una tienda y le pregunté a una señorita con la mano extendida: “¿Me alcanza con estas monedas para una camisa blanca?” La señorita respondió: “No, niño, todavía no le alcanza”. Continué con mi deseo de conquista, una vez más estaba preguntando si ya tenía lo suficiente para medirme la camisa. Ya había logrado la mitad del camino. Continué trabajando en mi pequeña compañía y al poco tiempo, ya estaba otra vez en la misma tienda midiéndome el pantalón negro. En ese momento, sabía que aún faltaban muy pocos días para el 10 de Mayo, así que tome decisión ejecutiva de hacer una inversión un poco más grande: La de poder comprarme unos zapatos; porque solo contaba con unos tenis rotos, al principio los zapatos no eran una prioridad, ya que pensaba que aunque los tenis estuvieran rotos, sabía que la gente iba a estar mirando hacia arriba. Sin embargo, todavía faltaban unos días y la pequeña empresa estaba produciendo buenas ganancias, así que proseguí con mi gran afán de no perderme el gran acontecimiento de mi vida y que el eterno Dios sembraría y sellaría en mi corazón la semilla de su amor y de su salvación.

Llego el sábado 10 de mayo por la mañana y yo me encontraba en línea con los demás niños, como el ser más feliz de la tierra, listo para entrar en el templo. La empresa no solo me había proveído para comprar la ropa, sino que había logrado por primera vez comprar mi primer par de zapatos por mi propia cuenta, sin

haber contado con mi patrona, mi mamá. Mis zapatos eran negros y por supuesto que estaban brillando, ya que gracias a mi oficio, había logrado lo que más deseaba hacer: Mi primera comunión. Entramos a la iglesia, yo con mi vela en la mano derecha, con mi rostro en alto, y con una felicidad indescriptible; lo había logrado. Ese día recibí por primera vez a Jesús, el pan de vida. Recuerdo que una gran paz invadió mi ser y una alegría que nunca jamás había sentido llenó mi corazón. Hoy me pregunto cómo es que un niño de 7 años pudiese percibir todo lo mencionado, mas para Dios no hay nada imposible y ni para los que creen en Él. Estoy convencido que Jesús en la Ultima Cena pensó en mí y en usted, como nos cuenta San Mateo: “Mientras estaban comiendo tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos dijo: Tomad, comed, este es mi Cuerpo. Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: bebed de ella todos porque esta es mi sangre de la Alianza, que será derramada por muchos para perdón de los pecados”, (San Mateo 26, 26-28).

La Eucaristía tiene el poder para sanar nuestras enfermedades, para liberarnos de toda atadura, para darnos la única paz que sobrepasa todo entendimiento. Es realmente urgente que todos nosotros, los bautizados, valoremos este excelentísimo regalo de Dios Padre: Su Hijo que se ofrece a nosotros por Amor en la Eucaristía. Estoy convencido que la forma presente más directa para poder experimentar la presencia de Jesús es al recibirlo a Él en la Eucaristía.

Hace varios años atrás decidí estar fuera de la responsabilidad de “El Sembrador,” por algunos meses con el propósito de pedirle al Señor dirección acerca de los proyectos del apostolado y de mi persona. Pasaron algunas semanas y comencé a sentir un desanimo, una falta de ganas de luchar. Todo mi entorno se nublo, parecía que una nube oscura empezó a cubrirme. Nunca antes había experimentado tal cosa. Al principio pensé: “ya se me va a quitar”, pero pasaban las semanas y era peor. En un momento comencé a preocuparme mucho por lo que me estaba sucediendo, porque ya casi no oraba, ni leía la Biblia, era como una depresión.

A nadie me atrevía a decirle lo que sentía. Mi esposa Sara preguntaba: “¿Qué te

está pasando? Te veo desanimado. ¿Qué te pasa?”. Me era difícil aceptar que algo me estaba pasando. No me cabe la menor duda que eran las fuerzas del maligno, Satanás buscando la forma de que yo ya no siguiera adelante. Opte por comenzar a asistir a Misa de dos a tres veces por semana. Al principio me esforzaba para tener el ánimo de asistir. Al paso de algunas semanas de estar recibiendo el Cuerpo de Cristo, empecé a sentir un alivio: La nube oscura que sentía que me cubría comenzó a desaparecer. Finalmente recupere mi ánimo, mi fuerza y mi fe. Comparto esta experiencia con el firme propósito de que como católicos sepamos valorar el poder que tiene Jesús a través de la Eucaristía. Hoy, cuando alguien se siente deprimido, Yo siempre le recomiendo recibir la Eucaristía lo más a menudo posible; creo que el diablo tiembla cuando un creyente se acerca al altar para recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, con El todo es posible. La Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo, el cual redundo en el fruto de comunión y solidaridad en la vida de la Iglesia: “...que se amen los unos a los otros como yo los he amado”, (San Juan 13, 34).

Hace unos años tuve el privilegio de visitar una linda ciudad llamada Lanciano en Italia. En esta ciudad ocurrió un milagro Eucarístico, y prueba de ello, es que aún ahí se encuentra la evidencia real de lo ocurrido. La pequeña ciudad adopta su nombre por el centurión Longinos, que clavo la lanza en el costado de Jesús, hiriéndole el extremo de su costado. Longinos era de esta ciudad y por ello nombraron a la ciudad Lanciano, que significa “lanza”. A continuación le comparto parte de esta linda historia que ocurrió en el año 700 D.C. había en esta ciudad de Lanciano, una iglesia que estaba al cuidado de unos monjes y uno de ellos estaba pasando por una prueba sobre su fe en la presencia real de Jesús en la Eucaristía. El sufría por sus dudas y la sociedad en la que vivía no lo ayudaba a superarlas. Un día mientras el realizaba la santa misa con personas de la ciudad que asistían a participar, al iniciar la consagración, el monje con la hostia en sus manos empezó a temblar, no solo sus manos sino todo su cuerpo, y al contemplar la hostia se dio vuelta hacia los allí presentes, para mostrarles que la hostia se había convertido en carne y el vino en sangre. Dios se había hecho presente en Carne y Sangre, para destruir la falta de fe del monje y de muchos que aún no creían en Jesús y su presencia en la Eucaristía, y para esto se hizo visible a nuestros ojos. Han transcurrido más de 1,309 años y usted pensaría que esa Carne y esa Sangre se hubieran desintegrado, como sucede normalmente. El milagro es que la hostia convertida en Carne y Sangre sin preservativos aún está

presente en el relicario. ¡Jesús está vivo en la Eucaristía!

Juan Pablo II, en su exhortación *Ecclesia in América* nos dice: “La realidad de la Eucaristía no se agota en el hecho de ser el sacramento con el que culmina la iniciación cristiana. Mientras el bautismo y la confirmación tienen la función de iniciar e introducir en la vida propia de la Iglesia, no siendo repetibles, la Eucaristía continúa siendo el centro vivo permanente en torno al cual se congrega toda la comunidad eclesial. Los diversos aspectos de este sacramento muestran su inagotable riqueza: es, al mismo tiempo, sacramento-sacrificio, sacramento-comunión y sacramento-presencia” (6).

De lo anterior se deduce la importancia de la práctica de la vida sacramental, no como rutina, sino como fundamento que nos permite mantener la íntima relación con el Encontrado: Jesucristo.

Si tenemos conciencia de estar en pecado grave, recordemos que antes de comulgar debemos primero recibir el sacramento de la Reconciliación, como lo recordó el Papa Juan Pablo II en su Carta Encíclica “*Ecclesia de Eucharistia*”.

SEGUNDA NORMA Y SU REQUERIMIENTO

Quien ama, desea estar con el amado. Por eso, el católico de encuentro, debería procurar ir a misa, comulgar y adorar a Jesús, presente en el tabernáculo, no sólo los días que nuestra madre, la Iglesia, nos pide como obligación, sino con la mayor frecuencia posible. Propóngase hacerlo, (mínimo, un día más por semana).

Para perseverar en esto, le recomiendo localizar una Iglesia que esté cerca de su

casa, o en el trayecto a su escuela o lugar de trabajo, y en donde el horario de las misas sea compatible con su tiempo disponible.

Puede darse el caso de que alguno de los lectores del presente libro no haya recibido los sacramentos de la iniciación cristiana o que le falte alguno de ellos, y sin embargo, se sienta movido a tener un encuentro personal con Jesucristo. ¡Acuda a su parroquia para prepararse y recibirlos!.

TERCERA NORMA

La Oración

La oración tanto personal como litúrgica es un deber de todo cristiano. “Jesucristo, Evangelio del Padre, nos advierte que sin Él no podemos hacer nada. Él mismo en los momentos decisivos de su vida, antes de actuar, se retiraba a un lugar solitario para entregarse a la oración y la contemplación, y pidió a los apóstoles que hicieran lo mismo” (7).

El salmista nos dice: “Porque un corazón contrito y humillado, tú no lo desprecias, Señor”, (Salmo 51). Cuando el ser humano se había separado de Dios, Él envió a su único Hijo, Jesucristo, para mostrarnos su voluntad: que todos nos salvemos y lleguemos a la plenitud del conocimiento de la verdad, que nos hace libres.

El Catecismo de la Iglesia afirma: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre fue creado por Amor y para amar” (8).

La finalidad del hombre es realizarse en el amor, y así alcanzar la felicidad. Y esto solamente puede lograrlo encontrándose con su Creador, quien nunca deja de atraernos a Sí.

Por eso, en la oración, es Él quien toma la iniciativa. Negarnos a la oración es negarnos a nosotros mismos la oportunidad de ese Encuentro. El ser humano necesita de Dios, porque en el fondo de su corazón tiene sed de Él.

Jesús nos enseña la gran importancia de la oración, ya que antes de iniciar su vida de servicio se fue al desierto por 40 días, en los cuales se mantuvo en ayuno y oración. Ahí fue tentado por Satanás, pero la fuerza que Jesús tuviera como resultado del ayuno y la oración, le dieron desde ese momento la victoria sobre las tentaciones que el enemigo le presentó y que durante su vida tendría que enfrentar. La oración en la vida de Jesús era sin duda su fuerza y su comunión con el Padre (Cfr. San Mateo 4).

Qué maravilloso es saber que podemos hablar con Dios en cualquier momento de nuestra vida. El Profeta Jeremías dijo estas palabras que brotan del mismo corazón de Dios: “Llámame y te responderé y te mostraré cosas grandes, inaccesibles, que desconocías”, (Jeremías 33, 3).

Dios Padre siempre nos responde cuando acudimos a Él, y muestra grandes cosas a una persona de oración. El Señor tiene miles de formas de responder a nuestras peticiones. Sin embargo hay tres de ellas que son las más comunes. Permítame compartírselas.

Una de ellas es cuando nos responde con un “Sí” inmediato. A veces hemos sido testigos de esos milagros tan patentes, donde no cabe la menor duda que Dios respondió al instante. Puedo mencionar diferentes ejemplos, como cuando alguien le pide: “Señor sáname de este dolor o sana a mi hermano de tal

enfermedad”, y después de hacer la oración el alivio llega o la persona enferma sana. Este es uno de tantos otros que así se dan al instante.

La otra respuesta de Dios es cuando dice: “Espera”, o sea al pedirle una respuesta a través de la oración sigue un silencio de parte de Dios que representa una espera y esto puede significar una prueba a nuestra fe, a nuestra perseverancia. Como podemos ver lo que le ocurrió a la mujer cananea, que acercándose a Jesús le rogó a gritos que la ayudara, pues su hija estaba sufriendo por un mal espíritu. Las escrituras dicen que Jesús en primera instancia no respondió nada. Poco después ella se encuentra de rodillas ante Jesús, y Él la rechazó con una respuesta que nadie imaginaba, diciéndole: “No se debe echar a los perros el pan de los hijos” (San Mateo 15, 21-28), refiriéndose al hecho que ella era pagana, o sea no era del pueblo judío. Una de las cosas importantes que ella hizo fue que perseveró ante las circunstancias adversas a su petición. La respuesta que ella le da a Jesús es increíble: “Es verdad, Señor, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Por lo tanto Jesús le respondió: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla tu deseo”.

Este es uno de los ejemplos más maravillosos del saber esperar con la fe puesta en Él. Así es que el Señor, a veces opta por la prueba de la espera. Así que cuando oremos y no recibamos la respuesta al momento, debemos saber esperar con fe sin desanimarnos a pesar de que las cosas puedan ir de mal en peor; sepamos perseverar que tarde o temprano Él responderá si está en su voluntad lo que usted le pide. Santa Mónica permaneció 25 años pidiendo la conversión de su hijo. Ese hijo fue San Agustín, un gran santo y maestro de la Iglesia.

La otra forma de respuesta de parte de Dios es cuando Él nos dice “No”, no a lo que le estamos pidiendo. Esta respuesta significa que lo que le pedimos, no está en su voluntad. No tenemos que saber el por qué Dios no nos da lo que le pedimos. Recordemos que sus planes son perfectos, y que nuestros pensamientos no son sus pensamientos, nos lo dice el profeta (Isaías 55, 8). Habrá cosas que le pidamos con mucha fe, pero si lo que le pedimos no está en su plan, debe ser por una muy buena razón, aunque no lo entendamos en el momento.

Un cristiano sin oración es como un pescador sin redes queriendo lograr la gran pesca. Entre una pareja de novios o esposos, se llegan a amar en la medida que se van conociendo a través de la comunicación. Así nosotros cuando oramos a Dios aprendemos a amarlo, aprendemos a escucharlo y así vivir plenamente la vida que Él nos otorga.

TERCERA NORMA Y SU REQUERIMIENTO

Todo Católico de encuentro debe emplear, como mínimo, 15 minutos de oración y meditación por la mañana y por la noche. Recomiendo que adopte la costumbre de orar antes de salir de casa por la mañana, y por la noche, antes de dormir.

La oración es muy importante en la vida espiritual de todo católico de encuentro, pues es el momento especial para hablar con Él y también saber callar para escuchar, y así establecer una comunicación constante y permanente que anime y motive la relación de amor que le une a Jesús.

La oración comunitaria es muy importante en la vida del cristiano, pero no supe la oración individual. Recomiendo mucho la oración ante Jesús sacramentado, ya que Él se encuentra vivo en la hostia consagrada. Busque donde se expone el Santísimo y visítele.

La práctica de devociones, como el rezo del Santo Rosario, la coronilla de la Divina Misericordia y otras, puede hacerse durante el tiempo de oración personal.

CUARTA NORMA

La Misión: Vayan Y Anuncien (Compartiendo La Fe)

Cristo resucitado, antes de su ascensión al cielo, envió a sus Apóstoles a anunciar el Evangelio al mundo entero (Cfr. San Marcos 16, 15), confiriéndoles los poderes necesarios para llevar a cabo esta misión.

Todos los fieles, también los Católicos de Encuentro, por ser miembros del cuerpo de Cristo, su Iglesia, tenemos la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio.

Hemos sido habilitados y comprometidos en esta tarea, por la gracia de los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo, confirmación y Eucaristía), y por los dones del Espíritu Santo, pues somos partícipes de la función real, profética y sacerdotal de Jesucristo.

Por consiguiente, estamos llamados y enviados a proclamar la Buena Nueva del Reino a todo el mundo, principalmente a los más necesitados: los pobres, los desvalidos, los enfermos, los privados de su libertad, y también a los que no conocen a Dios.

Esta norma implica tomar conciencia de que en nosotros hay un espíritu misionero que nos impulsa a compartir con los demás la razón de nuestra alegría infinita.

Mientras más grandes van siendo los efectos de la presencia de Cristo en el corazón, más fuertes son los impulsos del Espíritu Santo para mostrarle al mundo lo que Jesús ha hecho en cada uno de nosotros, de modo que todos participen del gozo que poseemos.

El poder compartir nuestra experiencia es en verdad una gran oportunidad de crecimiento, el discípulo de Jesús no se puede quedar callado, ya que su experiencia vivida no se puede contener en el corazón. Es fácil de ver que cada persona que tuvo un Encuentro con Jesús vivo, no puede quedarse callada. Su deseo verdadero es que todos experimenten lo mismo que ellos han experimentado.

Dar testimonio de nuestra experiencia con Dios a los demás es una característica muy evidente del que ha conocido el amor y la misericordia de Dios. Hablarle especialmente a los que desconocen el amor de Dios se debe convertir en una tarea urgente para nosotros los bautizados; ya que todos conocemos a un amigo o un familiar que no conoce tan linda experiencia de amor para nuestro creador y salvador. El poeta Rubén Darío dijo: “No son muertos los que yacen en la tumba fría. Muertos son aquellos que tienen muerta el alma, y aun viven todavía”.

En lo personal, una de las más grandes satisfacciones en mi vida, es cuando le he hablado a alguien del amor de Dios y después escucho palabras como: “Gracias por haberme hablado de Dios. Hoy soy una persona nueva al haber tenido un encuentro con Jesús”.

Poder escuchar estas palabras es una gran bendición, es saber que como bautizados debemos cumplir con el llamado de Jesús cuando dice: “Vayan y anuncien la Buena Nueva”.

San Pablo dijo: “No nos predicamos a nosotros mismos. Sino a Cristo Jesús

como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús. Pues el mismo Dios que dijo: de las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que parezca que una fuerza extraordinaria es de Dios y no de nosotros”, (2 Corintios 4, 5-7).

CUARTA NORMA Y SU REQUERIMIENTO

Esta norma consiste en hablarle a personas, que específicamente estén en necesidad, especialmente si no conocen del amor de Dios, puede ser un familiar, un amigo, un vecino, un compañero de trabajo o de estudio, o algún desconocido, hacerlo de manera individual y personal.

Para ello, le recomiendo prepararse, buscando material en librerías católicas, de modo que pueda saber cómo iniciar una conversación con alguien para compartir el amor de Dios, la Buena Nueva. etc.

QUINTA NORMA

Dar Y Servir

El fruto del encuentro y la presencia permanente de Cristo en el corazón, es el impulso y la necesidad de amar al prójimo.

En una ocasión, narra el Evangelio de San Mateo, que Jesús al ver la multitud de personas enfermas y desvalidas, sintió compasión, y le dijo a sus discípulos estas

palabras: “La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen pues al dueño de la cosecha que envíe trabajadores a recoger su cosecha”, (San Mateo 9, 37-38).

El Divino Maestro nos invita a trabajar en la cosecha, ya que en nuestros días, como en el tiempo de Jesús, hay muchísimas necesidades. El verdadero cristiano no puede quedarse con los brazos cruzados viendo la necesidad de los demás. Yo soy del pensamiento que cuando una persona ofrece su vida, o parte de su tiempo a algún apostolado, automáticamente es como si Dios levantase una muralla de protección y de bendición. El servir de corazón produce alegría y fuerza espiritual; uno se siente útil y se van descubriendo todos los talentos que Dios nos ha otorgado por medio del Espíritu Santo. Jesús dijo: “Hay mayor felicidad en dar que en recibir”, (Hechos 20, 35).

Nunca olvidare la forma en que Dios me habló a través de un hombre con una enfermedad terminal. Esta es la historia de un hombre llamado Juan, de unos 33 años de edad. Fue una tarde cuando mi amigo Silverio me invito a ir con él al hospital a orar por un hombre llamado Juan. Yo jamás había visto a este hombre. Juan tenía un cáncer avanzado, y los médicos ya lo habían desahuciado. Sólo le daban unas semanas de vida. Cuando llegamos al hospital, vimos a Juan en una cama; su rostro manifestaba tristeza y dolor (no era para menos), pero a la misma vez había cierta paz en él, era difícil para mí poder entender cuál era su sentir al saber que le quedaban sólo unas semanas de vida de acuerdo a los médicos. Mi primer pensamiento fue: “Señor, dame palabras de esperanza para este hombre, y si te lo vas a llevar dime como lo ánimo a que te busque y se arrepienta para que no tenga miedo a la muerte”. Claro, yo asumía que él no tenía conocimiento de la misericordia de Dios.

Cuál fue mi sorpresa, que mientras yo estaba tratando de decirle las palabras adecuadas para animar a Juan a confiar en Dios, Juan me interrumpió diciendo: “Noel, yo ya he oído hablar de usted, y le agradezco que haya venido a visitarme. Mas le quiero decir que ya me arrepentí, me confesé con el sacerdote y estoy bien seguro que Dios tuvo misericordia de mí y me perdonó, por lo cual

no tengo miedo a morir”. Al escuchar a Juan hablar así, yo estaba sorprendido por su convicción, su fe, y su confianza en Dios. Mi amigo Silverio y yo, quedamos atónitos escuchándolo, cuando en un momento su voz comenzó a quebrantarse, y una gran tristeza se apoderó de él. Las lágrimas comenzaron a rodar sobre sus mejillas, y mis oídos escucharon algo que jamás habían escuchado decir. El nos dijo: ”No le tengo miedo a la muerte, porque sé que Dios ya me ha perdonado. Lo que me llena de tristeza y de angustia, es saber que si Dios no me cura de este cáncer, en unos días llegaré ante Dios, y cuando me presente ante él llegaré con las manos vacías”. Juan inclino su cabeza y sus lágrimas empapaban sus ojos. El hizo un silencio, y de inmediato yo le pregunté: ¿A qué te refieres con eso de que llegarás con las manos vacías? El respondió: “Cuando yo tuve salud y podía caminar de un lado para otro, nunca me preocupé por los demás, sólo pensé en satisfacerme a mí mismo, probé de todo, cometí todo tipo de pecado habido y por haber, y hoy que no puedo moverme de esta cama, como lamento haber perdido el tiempo en placeres pasajeros. Ahora desearía poder tener otra oportunidad para poder servir a Dios, y poder ayudar a los necesitados. Jesús dijo: “Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará”, (San Lucas 9, 24).

Esta experiencia de Juan impactó mi vida de una manera tan increíble, que desde ese momento me dije a mí mismo: “No quiero nunca tener que pasar una experiencia similar”. Sentí que Dios uso la vida de este hombre para hablarme a mí personalmente. Desde ese momento mi motivación a servir al Señor tomo otra dimensión. Hoy sigo sirviéndole para un día no llegar ante su presencia con las manos vacías.

Jesús nos presenta un cuadro impresionante acerca del juicio final, con el firme propósito de que ninguno de los llamados se pierda. El dijo: “Cuando el Hijo del hombre venga en Su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregados delante de Él todas las naciones, y Él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a Su derecha y los cabritos a su izquierda, entonces dirá el Rey a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era

forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme'. Entonces los justos le responderán, Señor, ¿cuándo te vimos hambriento; y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?". Y el Rey les dirá: 'En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis'. Entonces dirá a los de Su izquierda: 'Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis'. Entonces dirán también éstos: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento? ¿Cuándo te vimos de forastero o desnudo? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?'. Y Él entonces les responderá: 'En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer a unos de estos hermanos míos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo. E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna", (San Mateo 25, 31-46).

Hoy hay muchas necesidades a nuestro alrededor, hay muchos lugares donde podemos dar nuestra ayuda, tanto en la comunidad parroquial como en los hospitales, visitando a los enfermos, a los presos en las cárceles, o a los ancianos que están solos; podemos ayudar a los pobres, a las personas discapacitadas, sin dejar de hablar del amor de Dios en el lugar que elijamos servir. Esta historia de Juan termina con el hecho de que Dios lo llamó a su presencia, semanas después de haberlo visitado. La mala noticia es que el no pudo hacer lo que deseaba, servir a Dios para no llegar a su presencia con las manos vacías; la buena noticia es que llegó a la presencia de Dios por haberse arrepentido y haber aceptado el regalo de la gracia de la misericordia de Dios por medio de su Hijo Jesucristo, quien ha pagado por nuestros pecados. Hoy le ruego al Señor que le ayude a usted a tomar la decisión, si es que todavía no la ha tomado, de servir. Confió que la historia de Juan, haya sido de reflexión profunda, y lo motive a hacer el esfuerzo de comprometerse a servir, mientras usted pueda y evitar llegar ante Dios con las manos vacías. Es importante saber que la vida es corta, vivámosla al máximo haciendo lo que Dios nos pide.

Juan Pablo II en su Exhortación *Ecclesia in América*, nos dice: “El servicio a los pobres, para que sea evangélico y evangelizador, ha de ser fiel reflejo de la actitud de Jesús, que vino ‘para anunciar a los pobres la Buena Nueva’”, (San Lucas 4, 18). Realizado con este espíritu, llega a ser manifestación del amor infinito de Dios por todos los hombres y un modo elocuente de transmitir la esperanza de salvación que Cristo ha traído al mundo y que resplandece de manera particular cuando es comunicada a los abandonados, necesitados y desechados de la sociedad (9).

El amor fraterno despierta la conciencia del valor y dignidad de toda persona humana, y el respeto a su vida y a sus derechos fundamentales. Así, somos capaces de actuar con justicia y de ser solidarios, especialmente con los más pobres.

Este deseo ardiente de ser útil a la obra de Cristo, debe impulsarnos a llevar a cabo un servicio, creativo, concreto y activo, que puede tomar la forma de un apostolado.

Lo importante es dar y darnos en favor de los demás. Para eso, es necesario descubrir los dones, talentos, virtudes y bienes que el Señor nos ofrece, para compartirlos con el prójimo. Esto lo podemos resumir en tres elementos. Dar de nuestro talento, tiempo y tesoro.

QUINTA NORMA Y SU REQUERIMIENTO

El católico de encuentro debe comprometerse a servir a los demás, de preferencia mediante un servicio en la comunidad parroquial.

Dedique, al menos un día a la semana, para realizar algún servicio o apostolado. Y recordando que la caridad es deber de todo cristiano, procure ofrendar, según sus posibilidades, dinero o algún bien material.

REQUERIMIENTOS DE UN CATÓLICO DE ENCUENTRO

Se recomienda que, para mejor vivir la práctica de estas “normas de vida” como católico de encuentro, se integre Usted en algún grupo parroquial.

Para eso, vaya a la Parroquia que pertenece e investigue lo que cada uno de ellos lleva a cabo como apostolado. Y de acuerdo a lo que el Espíritu Santo le inspire, elija el que le parezca más adecuado. Y si Usted ya forma parte de algún grupo o movimiento, procure renovar su entrega. En algunas parroquias ya se encuentra el apostolado de El Sembrador parroquial (ESPA) que tiene como objetivo todo lo relacionado con este libro.

La última norma es la que pone pies a las normas anteriores, pues nos lleva a mostrar que Jesucristo está vivo en su Iglesia, al servicio y salvación de toda la humanidad.

TENGO UN SUEÑO

- Ver un día en el cual nosotros los católicos, salgamos a las calles, a tocar las puertas de los hogares, con alegría compartiendo nuestra experiencia de Dios

- Ver un día en el cual en cada misa todos participen del Banquete Celestial al

recibir el Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía.

- Ver un día en el cual cada sacerdote anime al pueblo a aprender a amar la Palabra de Dios.

- Ver un día en el cual cada católico llegue a misa con su Biblia en la mano.

- Ver un día en el cual nosotros los laicos, valoremos mucho más a nuestros hermanos llamados a la vida consagrada, especialmente a los Obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos. Animándolos, agradeciéndoles y orando intensamente día a día por ellos y respetándolos siempre.

- Ver un día en el cual cada Obispo, sacerdote, religiosas, religiosos y diáconos llenos de entusiasmo, estén luchando por alcanzar las almas perdidas; luchando día a día, hombro a hombro con los laicos.

- Ver un día en el cual todos los apostolados tengamos una cosa en común: La prioridad de levantar el nombre de Jesucristo nuestro Salvador en alto y no la de levantar primero la bandera de nuestro movimiento, apostolado o congregación. Jesús pidió al Padre: “No ruego sólo por estos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, crean en mí, para que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado”, (San Juan 17, 20-21).

- Ver un día en el cual los diferentes apostolados no compitan por tener más miembros suyos, sino más bien luchen para que todos lleguen al conocimiento de la luz verdadera que es Jesús. Siempre unidos valorando y reconociendo nuestros diferentes carismas y ofreciéndolos al servicio de la Iglesia; dando así la

opción a cada miembro de elegir dónde servir, esta es una gran riqueza de nuestra Iglesia.

RESUMEN Y COMENTARIO

Como lo manifesté anteriormente, a lo largo de todos estos años de apostolado, he visto a muchos de mis hermanos de comunidad desfallecer en su caminar como cristianos, después de haber experimentado el fuego abrazador del amor a Jesús. Muchos de ellos estuvieron envueltos en un activismo evangelizador y parecían llenos del Espíritu Santo. Sin embargo, fallaron en su perseverancia.

La fórmula del éxito, para permanecer en el Encuentro con Jesús es, la práctica constante de las cinco normas que les he expuesto, como lo prueba la vida de muchos santos.

La conversión que produce el encuentro personal con Jesucristo, debe renovarse cada día. Nuestra comunión con el Señor debe ser tal, que ya no se puede concebir la vida sin Él, según la expresión del Apóstol San Pablo: “Y ya no soy yo quien vive en mí, sino es Cristo que vive en mí”, (Gálatas 3, 20).

Estas benditas normas, sencillas en su aplicación y cumplimiento, producen fruto abundante en la vida del católico de encuentro, y eso lo puedo garantizar.

Quizá tiene usted que tomar ahora mismo una decisión importante en su vida. Por eso le invito a que con firmeza y con la ayuda de Jesús y la fuerza de su Santo Espíritu inicie hoy el camino de su Encuentro personal con Jesucristo. Así, al caminar con Él, poco a poco irá estableciendo las bases de una vida nueva y plena.

Probablemente, frente a esta opción, aparezca el miedo y el temor al sentirse pecador. Le recuerdo que, si bien es verdad que Cristo aborrece el pecado, también es cierto que ama al pecador, principalmente al arrepentido y dispuesto a enmendar sus faltas.

No tenga miedo, Jesús es perdón y misericordia. Él ha esperado pacientemente que usted dé un paso firme en el camino de la reconciliación con Dios, con usted mismo y con el prójimo.

Si puede hacerlo, acuda al Sacramento de la Reconciliación y confiese sus pecados. Entonces recibirá el perdón del Señor, que produce paz y gozo. Y el fruto de ese perdón no sólo le beneficiará a usted, sino también a sus seres queridos.

Si usted ya es un Católico de Encuentro, le animo a que invite a otra persona a experimentar esta comunión con El Señor, a través de este estilo de vida. Sea un agente del Señor, compartiendo su experiencia.

Sepa que estaré siempre orando por cada uno de los Católicos de Encuentro. Creo que el Señor desea que lleguemos a ser miles en todo el mundo, en todas las parroquias, y en los diferentes apostolados. Pidamos y dejemos que el Espíritu Santo sople, renovando así a la Iglesia, medio de salvación para los hombres y mujeres del tercer milenio.

RECOMENDACIONES PARA LOS C.D.E.

Si se logran unir un número de personas Católicos de Encuentro en una cierta área, se recomienda que se organicen para reunirse una vez al mes, en torno a la Eucaristía, por ejemplo, el primer Sábado de cada mes, preparando previamente la celebración, y organizando luego una convivencia donde puedan compartir sus experiencias, conocer nuevos miembros, etc. Será muy importante que el sacerdote conozca lo que es un Católico de Encuentro.

La práctica de estas normas se puede también desarrollar en pareja, familia o en grupo, en las normas que se pueda aplicar la práctica. Ejemplo, la primera norma, la palabra de Dios. La segunda que es la Eucaristía y la quinta norma es de tomar muy en cuenta que cada norma se convierte en un encuentro.

Es sumamente importante darse a la tarea en la medida que se avanza, el poder profundizar en el estudio de cada una de las normas. Hay una gran variedad de libros Católicos que nos pueden dar mayor conocimiento al respecto de cada una de las normas, siempre tomando en cuenta como base firme el Catecismo de la Iglesia, de esa manera no habrá temor a equivocarnos. Cumpliendo con esta recomendación evitaremos también caer en el conformismo.

Finalmente le invito a visitar nuestra página de internet en www.elsembrador.org a través de la cual nos podrá enviar su testimonio y también suscribirse para recibir mi carta mensual con la cual es mi deseo seguir ayudándole a mantener viva en su corazón la luz de nuestro Señor Jesucristo.

REFERENCIAS

1 Exhortación Apostólica Ecclesia in América, N. 3

2 Gaudium et Spes, N. 22; Ecclesia in América, N. 10

3 Ecclesia in América, N. 3

4 Catecismo de la Iglesia Católica, N. 134

5 Idem. N. 133

6 N. 35

7 Ecclesia in América, N. 29

8 Ibid. n.27

9 Ibid. no. 28